

MEDITACIONES
Y
SOLILOQUIOS

SAN AGUSTÍN

DOCTOR DE LA IGLESIA

**MEDITACIONES
Y
SOLILOQUIOS**

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-463-5

D.L.: Gr. 652-99

Impreso en Azahara

Printed in Spain

MEDITACIONES

CAPITULO PRIMERO

Invocación a Dios Todopoderoso para la reformatión de las costumbres y de la vida.

Señor Dios mío, dadme gracia para que mi corazón os desee, deseando os busque, buscando os halle, hallando os ame, amándoos no recaiga en los males de que una vez me habéis librado.

Dad, Señor Dios mío, a mi corazón arrepentimiento de mis pecados; a mi espíritu, contrición; fuentes de lágrimas a mis ojos, y a mis manos el don de la limosna y liberalidad.

Rey mío, apagad en mí los apetitos sensuales de la carne, y encended el fuego de vuestro amor.

Redentor mío, apartad de mí el espí-

ritu de soberbia, y concededme el tesoro de vuestra humildad.

Salvador mío, desechad de mí el furor de la ira y armadme con el escudo de la paciencia.

Criador mío, desarraigad de mi ánima el desabrimiento del rencor, y plantad en ella la dulzura de la mansedumbre.

Concededme, Padre clementísimo, una fe sólida, una esperanza firme, una caridad continua.

Gobernador mío, desnudad de mí la vanidad, la inconstancia, el derramamiento del corazón, la desenvoltura de la lengua, la altivez de los ojos, la glotonería, la infamia de mi prójimo, el pecado grave de la detracción; libradme de la comezón de la curiosidad, de la codicia de las riquezas, del deseo del mandar, del apetito de la gloria vana, de la falsa hipocresía, de la lisonja ponzoñosa, del menosprecio de los pobres y del maltratamiento de los que poco pueden.

Mitigad el ardor de la avaricia, limpiad el orín de la envidia, y matad en mi ánima la muerte de cualquiera des-

acato e injuria vuestra ; cercenad y cortad en mí, Hacedor mío, toda temeridad, maldad, pertinacia, inquietud, ociosidad, somnolencia, pereza, oscuridad de la mente, ceguedad del corazón, obstinación de mi sentido, aspereza de costumbres, inobediencia a lo bueno, repugnancia a los consejos, desenfrenamiento de la lengua.

No sea yo para con los pobres duro, ni violento para con los flacos, ni calumnioso para con los inocentes, descuidado para con mis súbditos, severo para con los de mi casa, y para con mis familiares atrevido, y para con mis prójimos insufrible.

Dios mío, misericordia mía, yo os suplico por vuestro dilectísimo y amantísimo Hijo y Señor mío que me deis gracia para que yo me ejercite en las obras de misericordia y de piedad ; que me compadezca de los afligidos, enseñe a los errados, socorra a los miserables, ayude a los pobres, consuele a los desconsolados, dé la mano a los caídos, favor a los menesterosos, alegría a los

tristes, soltura a mis deudores. Perdóne a los que me ofenden, ame a los que me aborrecen, vuelva bien por mal, no menosprecie a nadie, sino honre a todos, imite a los buenos, guárdeme de los malos, abrace las virtudes, deseche los vicios, tenga paciencia en las cosas adversas, y en las prósperas, templanza; ponga freno a mi boca, huelle la tierra y anhele para el cielo.

CAPITULO 2

Acúsase el hombre, y alaba la misericordia de Dios.

Muchas cosas, Hacedor mío, os he suplicado, y ninguna he merecido. Yo confieso, Señor, ¡ay dolor!, yo confieso que no solamente no merezco los dones que pido, mas que merezco exquisitos tormentos; pero con todo eso me dan ánimo los publicanos, las mujeres pecadoras y los ladrones, a los cuales Vos librateis en un momento de las uñas del

león infernal, y como buen Pastor los acogisteis en vuestro seno.

Porque Vos, Señor, que sois Criador de todas las cosas, aunque en todas vuestras obras sois maravilloso, pero más maravilloso os mostráis en las obras de clemencia y piedad; y por eso, hablando de Vos mismo, dijisteis por un vuestro siervo: *Las misericordias del Señor sobrepujan todas sus obras*; y lo que dijisteis de todo vuestro pueblo creemos que también lo dijisteis de cada uno de nosotros: *No apartaré de él mi misericordia*; porque no despreciáis a nadie, a nadie desecháis, a nadie aborrecéis, sino al que, por estar fuera de sí, os aborrece.

Y no solamente no herís con ira al que lo merece, pero a los mismos pecadores repartís vuestros dones cuando dejan de pecar. Dios mío, fortaleza y salud mía y refugio mío, yo, desventurado y miserable, yo, yo soy el que os he ofendido; yo, el que delante de vuestro acatamiento he pecado, el que os he enojado y merecido vuestra ira; pequé, y

tuvisteis paciencia ; falté, y todavía me esperáis ; si me arrepiento, me perdonáis ; si vuelvo a Vos, me admitís ; y aun si tardo, me aguardáis. Llamáis al descaminado, convidáis al rebelde, esperáis al flojo, abrazáis al penitente, enseñáis al ignorante, regaláis al desconsolado, levantáis al caído, reparáis al perdido, dais al que os pide, os dejáis hallar del que os busca y abrís al que os llama.

¡Oh Señor Dios y mi salud!, no sé con qué me pueda excusar, ni sé qué pueda responder ; no hallo refugio sino en Vos, ni me puedo esconder de Vos. Me enseñasteis el camino para vivir bien, me disteis conocimiento para andar por él, me amenazasteis con el infierno y me prometisteis la bienaventuranza.

Pues, ¡oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación!, atravesad mis carnes con vuestro santo temor, para que temiendo yo, no caiga en lo que Vos me amenazáis ; y dadme la alegría de vuestro rostro, para que

amándoos yo, alcance lo que Vos me prometéis.

Fortaleza mía, Señor mío, defensa mía, refugio mío y libertador mío, inspiradme lo que tengo de pensar de Vos, enseñadme con qué palabras os he de llamar, dadme obras con que os he de agradar. Bien sé, Señor, dos cosas: la una, con qué os aplacáis; y la otra, que no menospreciáis; pues el *espíritu atribulado os es sacrificio, y aceptáis el corazón conirito y humillado*. Enriquecedme, Dios mío y ayudador mío, con estos vuestros dones, con estas armas armadme contra el enemigo, y apagad las llamas de mis vicios con vuestro refresco, y templad todas las pasiones de mis vanos deseos con este rocío celestial.

Concededme, *Señor y virtud de mi salud y de mi vida*, que no sea yo de aquellos que *a tiempos creen, y al tiempo de la tentación desfallecen*. Hacedme sombra en el día de la batalla, y sed mi esperanza en el día de la aflicción, y mi salud en el tiempo de la tribulación.

He aquí, Señor, luz mía y salud mía, yo he pedido lo que he menester, y declarado lo que temo; mas la conciencia me remuerde, el secreto de mi corazón me reprende; y para lo que el amor me anima, el temor me desanima; el celo me incita, y el miedo me detiene; vuestra piedad infinita me esfuerza, y mis obras me acobardan; vuestra benignidad y clemencia me dilata y recrea, mas mi maldad me aprieta y aflige, y la memoria de mis vicios detiene el ímpetu del ánimo presuntuoso y atrevido.

CAPITULO 3

Quéjase el hombre que por su desobediencia no es oído del Señor.

Pero ¿con qué cara pide gracia el que es digno de aborrecimiento? Y el que merece castigo, ¿cómo se atreve a pedir gloria? Exaspera al juez el delincuente que, en lugar de dar satisfacción por su delito, quiere ser honrado con

premios ; y no poco ofende al rey el que, estando condenado al suplicio, suplica que le haga las mercedes que desmerece ; y por más amoroso que sea el padre, siente mucho y tiene por descomedido a su hijo si, después de haberle sido desobediente e injuriándole, le pide la herencia antes de haber llorado su culpa y pedídole perdón.

Pues, ¡oh Padre mío benignísimo!, cuántas y cuán graves son mis culpas. ¿He merecido la muerte, y pido vida? ¿He enojado a mi Rey, y sin vergüenza pido favores? ¿He despreciado al Juez, y quiero que me sea abogado? ¿Por mi soberbia no he querido oír a mi Padre, y presumo que ha de ser mi tutor?

¡Ay triste de mí, qué tarde vengo!
¡Ay desventurado de mí, qué poca prisa me doy! ¡Y cómo, aun después de herido, no busco el remedio! Obligado era, cuando estaba sano, a guardarme de las heridas ; descuidéme de hurtar el cuerpo al golpe ; y ahora me espanta la muerte, que está a la puerta. He añadido heridas a heridas, porque he añá-

dido pecados a pecados; las señales de las heridas pasadas he refrescado, y amontonado las maldades antiguas con los pecados presentes; y las llagas que la piadosa mano del Médico soberano había sanado, yo, por mi loco desvarío, las he renovado, y estando ya enconadas y cubiertas, han vuelto a manar podre y a reverdecen. Porque ha sido tan grande mi maldad y nuevo desagradecimiento, que he extinguido la misericordia que conmigo habíais usado. Porque escrito está, Señor, que *en cualquiera hora que pecare el justo, todas sus justicias se pondrán en olvido*. Y si la justicia del justo se olvida cuando peca, ¿qué se hará de la penitencia del pecador que no cesa de pecar? ¡Oh, cuántas veces, como perro, volví a lamer lo que había vomitado, y a revolcarme, como puerco, en el cieno de mis culpas!

¡Cuántos han sido los ignorantes a quien enseñé a pecar! ¡Cuántos los que, inducidos por mí, pecaron por su voluntad! ¡A cuántos, que no querían pecar, hice fuerza! ¡A cuántos que me convi-

daban consentí! ¡A cuántos armé lazos para que se enredasen! ¡A cuántos fuí tropiezo para que cayesen! Y para cometerlo sin horror, procuré ponerlo en olvido; y no es maravilla que la memoria me atormente de lo que no tuve espanto de cometer.

Pero Vos, que sois justo Juez y tenéis notados los pecados de cada uno para castigarlos, habéis considerado mis caminos y contado todos mis pasos; habéis callado, me habéis siempre sufrido y tenido paciencia; mas ¡desdichado de mí si a la postre hablareis y diereis gritos, como mujer que está de parto!

CAPITULO 4

Del temor del Juez.

Señor Dios de los dioses y misericordioso sobre toda nuestra maldad, bien conozco que algún día os habéis de manifestar, y que vendrá tiempo en que hablaréis; cuando delante de Vos arde-

rá el fuego, y la tempestad brava os cercará, y llamaréis al cielo y a la tierra por testigos para juzgar a vuestro pueblo, y delante de tanta infinidad de gentes se descubrirán todas mis maldades, y a tantos millares de ángeles estarán todos mis pecados patentes y manifiestos, no solamente mis obras, sino también mis palabras y pensamientos. Pobre y desnudo estaré delante de tantos jueces, cuantos han sido los que fueron delante de mí con su buen ejemplo; y de tantos seré reprendido cuantos fueron los que me enseñaron a vivir bien; y con tantos testigos seré convencido, cuantos fueron los que con sus saludables palabras me amonestaron, y con sus santas obras me provocaron a su imitación.

Señor mío, no tengo qué decir ni sé qué responder; ya me parece que me hallo en aquel estrecho y cruel peligro, y que la conciencia me remuerde, y el secreto de mi corazón me atormenta, la codicia me angustia, la soberbia me acusa, la envidia me consume, la concupis-

cencia me abrasa, la lujuria me persigue, la gula me derriba la embriaguez me vence, la detracción me lastima, la ambición me arreñata, el robo me reprende, la discordia me desasosiega, la ira me turba, la liviandad me disuelve, la flojedad me entorpece, la hipocresía me engaña, la lisonja me trastorna, el favor me levanta y la calumnia me aflige.

Estos son, ¡oh Libertador mío!, éstos son los vicios con quien he vivido desde que nací; a éstos me he entregado y a éstos he sido leal; las mismas aficiones que yo tanto he amado me condenan, y me reprenden las mismas cosas que yo he alabado. Estos son los amigos a quien yo he procurado alabar y agradar; éstos los maestros a quien he deseado obedecer, y éstos los señores a quien he servido; éstos los consejeros a quien he creído, los vecinos con quien he morado y los domésticos y familiares de mi casa de quien me he dejado llevar.

¡Oh Rey mío y Dios mío!, cómo se dilata este mi destierro y peregrinación!

¡Oh triste de mí, que he morado con los moradores de Cedar y de las tinieblas! Porque si el santo rey David se quejaba y decía que su peregrinación se había dilatado mucho, ¿con cuánta más razón me podré yo quejar y decir que la mía se ha dilatado muy mucho?

¡Oh Dios mío y mi esperanza, en cuyo acatamiento no hay hombre viviente que se pueda justificar!; porque ¿quién hay que sea justo si Vos no le juzgáis con clemencia y piedad? Y si con vuestra misericordia no prevenís al impío, ¿qué cosa habrá que le pueda hacer pío?

Yo creo por cierto, ¡oh salud mía!, lo que he oído, que vuestra benignidad me convida a penitencia, y las palabras dulcísimas de vuestra suavísima boca suenan en mis oídos: *Ninguno puede venir a Mí, si mi Padre, que me ha enviado, no le trajere.* Por tanto, pues me habéis prevenido y enseñado con estas vuestras palabras, con el mayor ahinco de mi ánima y con los más entrañables suspiros de mi corazón yo os suplico, ¡oh Padre todopoderoso!, que con vues-

tro unigénito y dilectísimo Hijo, y también suplico a Vos, Hijo benditísimo, que con el Espíritu Santo consolador de las ánimas, me hiráis y me traigáis, para que, arrebatado de la suavísima fragancia de vuestros unguentos y dones divinos, corra dulcemente en pos de Vos.

CAPITULO 5

Invoca al Padre por el Hijo.

Yo os invoco, Dios mío, yo os invoco, pues estáis pronto para acudir a todos los que os invocan en verdad. Vos sois la verdad, enseñadme por vuestra clemencia; yo os suplico, Verdad santa, enseñadme a invocaros en verdad. Porque yo no sé cómo lo tengo de hacer, y deseo ser enseñado de Vos; y así, humildemente os ruego que me enseñéis, ¡oh Verdad eterna! Porque el saber, sin Vos, es insipiente, y el saber a Vos es perfecta sabiduría.

Enseñadme, ¡oh Sabiduría divina!,

enseñadme vuestra ley, que aquel será bienaventurado que fuere doctrinado y enseñado de ella, por Vos. Deseo invocaros, deseo invocaros en verdad. ¿Qué cosa es invocar en la Verdad a la Verdad, sino invocar en el Hijo al Padre? Pues, ¡oh Padre santo!, vuestro Verbo es la Verdad, y *el principio de todas vuestras palabras es la verdad*. Aquel es principio de vuestras palabras, que *en el principio era Verbo*. En este principio adoro y reverencio a Vos, que sois sumo principio; en este Verbo y Verdad invoco a Vos, perfectísima Verdad, para que en el que con Vos es una misma Verdad, me enseñéis y enderecéis en la verdad.

¿Qué cosa puede haber más dulce para el Padre que invocarle en nombre de su Unigénito, y moverle a piedad con el recuerdo de su Hijo, y mitigar la ira del Rey con la representación de su Amado?

De esta manera se suelen librar de las cárceles los facinerosos y soltarse los presos, y los condenados escapar de la

muerte, y aun alcanzar nuevas gracias y nuevos favores de los príncipes enojados, por sólo ponerles delante el amor de sus hijos. Así, los esclavos, cuando ofenden a sus señores, alcanzan perdón de sus culpas por intercesión de sus dulces hijos. Pues, ¡oh Padre benignísimo y todopoderoso!, por la caridad eterna de vuestro Hijo, asimismo todopoderoso, os pido y suplico que me libréis de la cárcel en que estoy, para que pueda magnificar vuestro santo nombre. Desatad las prisiones de mis pecados, borrad la sentencia de la muerte que por ellos merezco, por la intercesión de vuestro Hijo querido, que está asentado a vuestra diestra.

Porque ¿qué otro medianero tomaré para con Vos sino al que es propiciación y rescate de todos nuestros pecados, e intercede continuamente por nosotros? Este es, Señor, nuestro abogado delante de Vos; éste es el Sumo Pontífice, que no tiene necesidad de ser limpiado con ajena sangre, porque resplandece bañado con la suya. Esta es la Hostia santa,

a Vos agradable y perfecta, ofrecida y aceptada en olor de suavidad. Este es el Cordero sin mancilla, que no baló cuando le trasquilaban; que, abofeteado, escupido, afrentado, no abrió su boca; y no habiendo cometido pecado, llevó sobre sí nuestros pecados, y con sus dolores sanó nuestras dolencias.

CAPITULO 6

Representa el hombre al Padre la Pasión de su Hijo.

Mirad, Padre piadoso, a vuestro piadosísimo Hijo, atormentado con tanta impiedad por mí en la cruz; mirad, Rey clementísimo, al que padece, y acordaos benignamente por quién padece.

¿Por ventura no es este Señor aquel inocentísimo Hijo que Vos entregasteis a la muerte para redimir al siervo desagradecido? ¿No es éste aquel Autor de la vida que fué llevado como oveja mansa al matadero, y siéndoos obediente

hasta la cruz, no rehusó padecer un género de muerte cruelísima y afrentosa?

Acordaos, ¡oh divino Dispensador de nuestra salud!, que con ser este Señor el que Vos de vuestra substancia engendrasteis, quisisteis que se vistiese de la flaqueza de mi carne. Verdaderamente, Señor, que ésta es vuestra deidad, vestida de la librea de mi humanidad; la cual en el madero santo pagó, mediante la carne que había tomado, el triste castigo que yo merecía. Poned los ojos de vuestra majestad, Señor, sobre esta obra de inefable piedad. Mirad a vuestro amorosísimo Hijo, estirado y descoyuntado por mí en la cruz. Mirad las manos inocentes que destilan sangre preciosa, y por ellas perdonad las maldades que las mías han cometido. Parad mientes a aquel pecho desnudo y atravesado con la lanza cruel, y renovadme con la sagrada fuente que de él creo haber salido.

Por aquellos sacratísimos pies que siempre anduvieron a grandes pasos por los caminos de vuestra santa ley, los

cuales veis traspasados con duros clavos, os pido que enderecéis los míos para que aborrezcan los caminos torcidos, y anden siempre por las sendas de la verdad. ¡Oh Rey de los santos!, por este Santo de los santos, por este Redentor mío, yo os suplico que me hagáis correr por el camino de vuestros mandamientos, para que yo me una con Él en espíritu, pues Él no tuvo asco de vestirse de mi carne. ¿Por ventura no miráis, ¡oh Padre piadosísimo!, la cabeza descaecida de vuestro dulcísimo Hijo? ¿Y la cerviz, más blanca que la nieve, inclinada y caída con la presencia de la muerte?

Mirad, Señor; mirad, Criador benignísimo, la humildad de vuestro amado Hijo, y tened misericordia de la flaqueza y miseria de esta vuestra pobre criatura.

Mirad cómo está blanqueando su pecho desnudo, cómo bermejea su sangriento costado, cómo están estiradas sus secas entrañas, cómo está oscurecida la hermosura de sus ojos, y amarillo

el color de su rostro real, y cómo están sus brazos tendidos, colgadas sus piernas, más blancas que el alabastro, y cómo riegan sus pies atravesados los arroyos de la sangre divina. Contemplad, ¡oh Padre glorioso!, los miembros quebrantados de este Señor, y acordaos que somos de barro. Considerad la pena de este Dios-Hombre, y apiadaos de la miseria del hombre que criasteis; mirad la Pasión del Redentor, y perdonad el pecado del redimido. Aqueste es, Señor mío, el herido de Vos por los pecados de vuestro pueblo, siendo vuestro Amado, en quien siempre os agradasteis. Este es el puro, el inocente, sin culpa y sin engaño, y tratado como reo y culpado.

CAPITULO 7

Confiesa el hombre que él es la causa de la Pasión del Señor.

¿Qué culpa cometiste, oh dulcísimo mancebo, para ser así condenado? ¿Qué

hiciste para ser tan maltratado? ¿Qué pecado fué el tuyo, qué delito? ¿Qué causa la de tu muerte y condenación? Yo, yo soy la llaga de tu dolor, yo soy la culpa de tu pena y el merecedor de tu tormento; yo la ocasión de tan grande venganza.

¡Oh maravillosa sentencia! ¡Oh inefable dispensación de este misterio escondido! Peca el injusto, y el justo es castigado; falta el culpado, y es azotado el inocente; ofende el impío, y el piadoso es condenado; lo que merece el malo padece el bueno, y la deuda del esclavo paga el señor, y por la culpa del hombre muere Dios. ¡Oh Hijo de Dios vivo!, ¿a qué abismo descendió vuestra humildad?, ¿dónde llegó vuestra caridad?, ¿dónde vuestra piedad, vuestra benignidad, vuestro amor, vuestra compasión?

Yo fuí el malo, y Vos sois castigado; yo cometí el pecado, y Vos pagáis la pena; yo soy el ladrón, y Vos sois puesto a cuestión de tormento; yo el soberbio, y Vos el humillado; yo el vano, y

Vos el abatido; yo el inobediente, y Vos pagáis la culpa de mi desobediencia; yo me sujeté a la gula, y Vos ayudáis por mí. El árbol vedado me llevó al deleite ilícito, y a Vos la perfecta caridad os puso en la cruz. Yo me entregué a mi mal gusto, y Vos os entregasteis al tormento; yo me recreo con el manjar, y Vos estáis cosido en un madero; yo me regalo con los deleites, y Vos sois lastimado con los duros clavos; yo gusto la dulzura de la manzana, y Vos la amargura de la hiel. A mí Eva, risueña, me acaricia, y de Vos, María, llorosa, se compadece; y, en fin, ¡oh Rey de gloria!, por mi impiedad se conoce mejor vuestra piedad, y por mi injusticia se descubre más vuestra justicia.

Pues, ¡oh Rey mío y Dios mío!, ¿con qué podré yo pagaros todos estos dones que de vuestra bendita mano he recibido? ¿Puede, por ventura, el corazón humano hallar cosa digna de tales mercedes, o inventar con todo su ingenio cosa que corresponda a vuestra infinita benignidad? No puede, Señor, la cria-

tura empinarse o levantarse tanto, que venga a satisfacer y dar justa recompensa por los beneficios que recibe del Criador.

Aunque en esta vuestra tan grande y tan admirable disposición, ¡oh Jesús benditísimo!, mi flaqueza en algo os puede satisfacer, cuando mi alma, alumbrada y compungida con vuestra visitación, crucifica su carne con todos los vicios y apetitos desordenados. Porque cuando recibe esta merced de Vos, comienza a compadecerse de Vos, y a entender que Vos os dignasteis morir por mi pecado, y con esta victoria del hombre interior, guiándola Vos, se va armando y disponiendo para alcanzar la palma exterior; y rendidos y sujetados los enemigos espirituales, toma fuerzas y se alienta para poner el cuerpo al cuchillo por vuestro amor; y entonces, aunque la criatura sea flaca y frágil por su naturaleza, favorecida y esforzada con vuestra gracia, responde, en la manera que puede, a la grandeza de su Criador.

Esta es, ¡oh buen Jesús!, vuestra celestial medicina, éste el estímulo de vuestro amor. Yo os suplico humildemente, Señor, por aquellas vuestras misericordias antiguas, que sanéis mis llagas y me concedáis gracia para que, habiendo yo desechado el mortal veneno de la serpiente infernal, me sea restituída aquella antigua salud que Vos me ganasteis con vuestra sangre; y gustando la dulzura de vuestra suavidad, menosprecie con todo mi afecto los deleites blandos del mundo, y por Vos no tema sus espantos vanos; y acordándome de aquella eterna y gloriosa nobleza, no haga caso de esta vanidad breve y momentánea.

Ninguna cosa sin Vos sea dulce para mí, ninguna me agrade, ninguna me sea preciosa o hermosa. Todas las cosas sin Vos me sean enojosas y viles; séame molesto lo que es contrario a vuestra santa voluntad; y lo que es conforme a ella, agradable y deseable. El gozo sin Vos me sea pena, y la pena por Vos, suma alegría; vuestro nombre

me sea refrigerio, y vuestra memoria, alivio y consuelo; las lágrimas sean mi pan y mi sustento de día y de noche, investigando y meditando vuestra santa ley, y las palabras de vuestra boca, más preciosas que todo el oro y toda la plata del mundo. El obedeceros me sea amable, y aborrecible el resistir a vuestros mandamientos.

Yo os suplico, esperanza mía, por vuestra infinita piedad, que perdonéis mi impiedad y malicia. Abrid mis oídos a vuestros mandamientos, y por vuestro santo nombre no dejéis caer mi corazón en palabras de malicia, ni cuando hubiere pecado, que excuse su maldad. Y asimismo os suplico, por aquella vuestra admirable humildad, que no permitáis que mis pies tropiecen y caigan en la profundidad peligrosa de la soberbia, ni que la mano y brazo del pecador me mueva y saque de mi constancia y seguridad.

CAPITULO 8

*Representa el hombre al Padre Eterno
la pasión de su benditísimo Hijo,
para que le perdone.*

He aquí, Dios todopoderoso y Padre de mi Señor Jesucristo, que os he ofrecido todo lo que yo he podido hallar más precioso y de mayor estima, y humildemente os lo he presentado. Ninguna cosa me he dejado ni tengo que añadir; porque todo mi caudal y toda mi esperanza os he ofrecido. Ya os he enviado a vuestro dilectísimo Hijo para que sea abogado por mí, y al resplandor de vuestra gloria y figura de vuestra substancia, por mediador entre Vos y mí; heos enviado por intercesor a aquel por quien espero alcanzar perdón; he enviado al Verbo que Vos enviasteis al mundo por mí, y os he representado la pasión que Él por mí padeció. Creo que Vos enviasteis a

vuestro Hijo Dios para que, vestido de mi humanidad, se dignase padecer bofetadas, prisiones, baldones y escarnios, y morir clavado y herido en una cruz. Esta santa humanidad es la que después de haberse fatigado con los llantos de la niñez, y sido envuelta en viles pañales, afligida con los sudores de la juventud, extenuada con ayunos, atribulada con vigiliass, cansada con varios caminos, rasgada con azotes y despedazada con tormentos, vino a morir; y al fin, vestida de la gloria de la resurrección, fué levantada sobre todos los coros de los Angeles, y colocada en el trono de vuestra altísima Majestad. Esta humanidad, Señor, es la que amansa vuestra ira y la que nos reparte vuestras misericordias.

Mirad, piadoso Dios, al Hijo que engendrasteis y al esclavo que redimisteis; mirad aquí al Hacedor, y no menospreciéis a su hechura; abrazad al Pastor y no desechéis a la oveja que él trajo a cuestras en sus hombros. Este es aquel fidelísimo Pastor que con muchos

y varios trabajos buscó a la oveja descarriada, que por las altas breñas y cumbres de los montes y honduras de los valles andaba perdida; el que, hallándola ya pereciendo, y por el largo destierro desfalleciendo, bajando con el esfuerzo de su caridad los hombros, la levantó del abismo de la confusión en que estaba, y apretándola con sus piadosos brazos, la llevó al aprisco de las otras noventa y nueve ovejas.

He aquí, Rey y Señor mío, he aquí el buen Pastor que os trae lo que Vos le encomendasteis. Él tomó por vuestra obediencia a su cargo salvar al hombre, y os le ofrece limpio y sin mancilla; y la obra de vuestras manos, que estaba tan apartada de Vos, os la restituye, y como Pastor manso y amoroso recobra y vuelve al rebaño la oveja que había robado el ladrón. Ha presentado delante de vuestro acatamiento al esclavo que por su propia conciencia era fugitivo, para que el que por sí mereció la pena, por este Señor merezca perdón; y el que por sus cul-

pas temía el infierno, por la gracia de Él espere la bienaventuranza.

Bien puedo yo, ¡oh Padre santo!, por mí mismo ofenderos, mas no puedo por mí mismo desenojaros; pero vuestro dilectísimo Hijo y Dios mío ha querido ser mi ayudador, y vestirse de mi humanidad para curar mi enfermedad y para que de donde había nacido la culpa, allí se hallase el remedio; y estando sentado a vuestra diestra os amansase y os me reconciliase, mostrándoos que es carne de mi carne y hueso de mis huesos, y de una misma naturaleza conmigo. Esta es toda mi esperanza y toda mi confianza.

Si vos, Señor, me despreciáis, como merezco, por mi maldad, miradme con misericordia por la caridad de vuestro amado Hijo. En el Hijo hallaréis por qué perdonéis al esclavo. El sacramento de su carne os mueva a perdonar la culpa de mi carne. Cuando viereis abiertas las llagas de vuestro beatísimo Hijo, estén cerradas, yo os suplico, y cubiertas con ellas mis maldades, y

cuando mirareis la sangre colorada que mana de aquel precioso costado, lavad con ella las manchas y fealdades de mi corrupción. Y pues la carne os provocó a saña, la carne os mueva a misericordia, para que así como la carne me engañó y enlazó en la culpa, así la carne me libre de ella y me alcance perdón.

Porque por mucho que sea lo que merece mi culpa, mucho más es lo que merece la misericordia de mi Redentor, y no hay comparación de mi maldad a su bondad; pues lo que va de Dios al hombre, eso va de la bondad de Dios a la maldad del hombre, en calidad y cantidad. ¿Qué culpa tan grave pudo jamás cometer el hombre que no la sobrepuje la redención del Hijo de Dios hecho hombre? ¿Qué soberbia puede haber tan luciferina que no se derribe con la humildad de este Señor? ¿Qué imperio y señorío tan grande pudo tener la muerte, que no sea destruído con el suplicio de la cruz? Cierto, Señor Dios mío, que si con justo peso

se pesasen de una parte todos los delitos del hombre pecador, y de otra la gracia del Redentor, que habrá más distancia de ésta a aquéllos que la que hay de Oriente a Poniente, y de lo más alto del cielo a lo más profundo del infierno.

Por tanto, Dios mío y bien mío, humildemente os suplico que por los trabajos y merecimientos inmensos de este vuestro dilectísimo Hijo, me soltéis mis culpas, y por su piedad perdonéis mi impiedad; por su inocencia, mi malicia; por su mansedumbre, mi terribilidad. La humildad de este santo Cordeño venza mi soberbia; su paciencia, mi impaciencia; su benignidad, mi dureza; su obediencia, mi desobediencia, y aquella su quietud y sosiego componga mi ánimo desasosegado; aquella dulzura entrañable agote mi amargura; aquella suavidad ablande la aspereza de mi ira, y aquella caridad inmensa dome y sujete este mi indomable corazón.

CAPITULO 9

Invocación al Espíritu Santo.

¡Oh Amor divino y comunicación santa del Eterno Padre y de su Hijo benditísimo, Espíritu todopoderoso y consolador clementísimo de todos los afligidos!, penetrad con vuestra virtud lo más íntimo de mis entrañas, y con vuestra clarísima luz alumbrad mi tenebroso y ofuscado corazón; regadle, que está seco, con el riego de vuestra gracia, para que fructifique; heridle con las saetas de vuestro amor, y abrasadle con vuestras saludables llamas, para que, ocupado y encendido todo lo más íntimo de mi ánima y de mi cuerpo con vuestro fuego, se derrita y transforme en Vos. Beba yo de aquel río caudaloso de vuestra dulzura, para que dé de mano a todos los gustos venenosos de este mundo. *Juzgad mi causa y apartadme de la gente no santa, y en-*

señadme a hacer vuestra voluntad, pues sois mi Dios.

Bien sé que consagráis el alma en que Vos habitáis en templo y morada del Padre y del Hijo; y, por tanto, es bienaventurado el que os tiene por huésped, porque juntamente el Padre y el Hijo moran con él. Venid ya, venid, benignísimo consolador del alma afligida y defensor y ayudador cierto y oportuno en la tribulación. Venid, santificador de los pecadores, médico de los enfermos, fortaleza de los flacos, esfuerzo de los caídos, maestro de los humildes, espanto de los soberbios, padre piadoso de los huérfanos, juez justo de las viudas, remedio de los pobres, alivio de los cansados. Venid, norte de los que navegan y puerto seguro de los que han dado al través. Venid, Señor, venid a mi alma, Vos, que sois única esperanza de todos los que viven y verdadera vida de todos los que mueren. Venid, santísimo Espíritu, venid y apiadaos de mí, conformad mi espíritu con vuestro espíritu y mi pequeñez con vuestra grandeza;

sustentad mi flaqueza con vuestro brazo poderoso, para que yo os sirva y os agrade por Jesucristo, mi Salvador, el cual vive y reina en vuestra unidad con el Padre en los siglos de los siglos.

CAPITULO 10

Oración del siervo que siente humildemente de sí.

Yo sé, Señor, yo lo sé y lo confieso, que no merezco que me améis; pero también sé cierto que Vos merecéis que yo os ame.

Yo no merezco servirlos, pero Vos merecéis que todas las criaturas os sirvan.

Dadme, pues, de lo que Vos merecéis, y perderé yo lo que desmerezco, y de indigno me haréis digno de servirlos.

Concededme vuestro espíritu, para que, conforme a vuestra voluntad, yo cese de pecar y pueda servirlos como debo.

Dadme gracia para que de tal manera enderece, rija y acabe mi vida, que duerma en paz y descanse en Vos.

Dadme tal fin, que la muerte me sea sueño con reposo, reposo seguro y seguridad eterna. Amén.

CAPITULO 11

Alabanza de Dios Todopoderoso y su majestad.

¡Oh santa Trinidad, una virtud e indivisa majestad, Dios nuestro, Dios Todopoderoso! Yo, el más vil de vuestros siervos, y el más pequeño miembro de vuestra Iglesia, os alabo y bendigo con sacrificio de debida alabanza, por el saber y poder que os habéis dignado dar a este gusanillo. Y porque no tengo otros dones exteriores que ofrezcos, os ofrezco con grande voluntad y alegría mis deseos interiores y el sacrificio de fe no fingida y de concien-

cia pura que por vuestra misericordia de Vos he recibido.

Yo, pues, ¡oh Rey del cielo y de la tierra!, de todo mi corazón creo y confieso que sois mi Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, trino en las personas y uno en la substancia, Dios verdadero, todopoderoso, una simple, incorporeal, invisible e ilimitada naturaleza, que ni tiene sobre sí, ni debajo de sí, cosa mayor ni igual; pero en todas las maneras es perfecta sin deformidad, grande sin cantidad, buena sin calidad, eterna sin tiempo, vida sin muerte, fuerte sin flaqueza, verdad sin mentira, presente sin ocupar lugar y presente en todo lugar; que hinche todas las cosas sin extensión, y en todos los lugares se halla sin contradicción, y mueve todas las cosas sin moverse, y está dentro de ellas, y no fija, y las crió todas sin tener de ellas alguna necesidad, y las rige sin trabajo, y sin tener principio les da a todas principio, y sin mudarse las muda.

Vos, Señor, sois en la grandeza infi-

nito, en la virtud todopoderoso, en la bondad sumo, en la sabiduría inestimable, en los consejos terrible, en los juicios justo, en los pensamientos secretísimo, en las palabras verdadero, en las obras santo, en la misericordia copiosísimo; para con los pecadores, pacientísimo; para con los penitentes, piadosísimo; siempre el mismo, eterno y sempiterno bien; inmortal e inmutable, que ni lo ancho os dilata, ni lo angosto os estrecha, ni lugar alguno os aprieta, ni la voluntad os muda, ni la necesidad os aflige, ni las cosas tristes os entristecen, ni las alegres os alegran, ni el olvido os quita, ni la memoria os añade, ni las cosas pasadas pasan de delante de Vos, ni las advenideras suceden; a quien el origen no da principio, ni el tiempo progreso, ni el acacimientto fin, sino que ante todos los siglos, y en los siglos y por todos los siglos vivís para siempre, y tenéis alabanza perpetua, gloria eterna, poder infinito, honra singular, reino sempiterno e imperio sin fin, por infinitos e indefecti-

bles y sempiternos siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO 12

Cómo el Padre Eterno se dignó socorrer al género humano; y de la Encarnación del Verbo Eterno, y de las gracias que le debemos por ello.

Hasta aquí, Dios mío, que tan bien conocéis y escudriñáis mi corazón, he confesado la omnipotencia de vuestra majestad, y la majestad de vuestra omnipotencia; mas ahora quiero alabaros por la manera que habéis tenido en socorrer al linaje humano en el fin de los siglos, y confesar con la boca delante de vuestro acatamiento, para ser salvo, lo que con el corazón creo para ser justo.

De Vos, Dios Padre, nunca se lee que hayáis sido enviado; pero de vuestro Hijo escribe el Apóstol estas palabras: *Cuando vino el cumplimiento del tiem-*

po, *envió Dios a su Hijo*. Diciendo *envió*, bien claro da a entender que vino enviado, y vino al mundo cuando nació del claustro virginal de la bienaventurada siempre Virgen María, y en nuestra carne apareció verdadero Dios, hombre verdadero y perfecto.

Pero ¿qué quiere decir lo que el más señalado de los evangelistas escribe, que *estaba en el mundo, y que el mundo fué hecho por él*, sino darnos a entender que fué enviado en la humanidad, adonde siempre estuvo y está presente por la divinidad? Yo con todo el corazón creo esta misión, y con la lengua confieso que es obra de la santísima Trinidad. ¡Cómo nos amasteis, oh Padre bueno y santo! ¿Hasta dónde se extendió vuestra dilección, pues no perdonasteis a vuestro propio Hijo, sino que le entregasteis a la muerte por nosotros, impíos y pecadores? Él os fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y rasgó la obligación de mis pecados, y la enclavó en la cruz, y crucificó juntamente en ella el pecado, y

con su muerte mató la muerte. Él solo entre los muertos fué libre, y tuvo potestad de morir cuando quiso, y de resucitar cuando quiso por nosotros.

Y así fué víctima y vencedor; y porque fué víctima, fué vencedor. Fué por nosotros sacerdote y sacrificio; y por eso sacerdote, porque fué sacrificio. Con mucha razón por cierto tengo yo grande esperanza que sanaréis Vos, Señor, todas mis dolencias por la intercesión de Aquel que está sentado a vuestra diestra e intercede por nosotros. Grandes son, Señor, y muchos mis males, porque el príncipe de este mundo tiene gran parte en mí, yo lo sé y lo confieso; pero yo os suplico, por aquel Redentor nuestro que está sentado a vuestra diestra, que me libréis, pues este mal príncipe y capital enemigo nuestro no pudo hallar cosa suya en este Señor. Justificadme por Aquel que no hizo pecado, ni en su boca se halló malicia ni engaño. Por este Señor que es nuestra cabeza, en el cual no hubo mancilla, sanad este miembro suyo, aunque pe-

queño y enfermo; libradme, yo os suplico, de todos mis pecados, vicios, culpas y negligencias; enriqueced mi alma de santas virtudes; adornadla con loables costumbres, y, por vuestro santo nombre, dadme gracia para que me conforme con vuestra santa voluntad y persevere en obras que os sean agradables hasta el fin.

CAPITULO 13

De la confianza que debe tener el alma en nuestro Señor Jesucristo y en su Pasión.

Bien pudiera yo, Señor, desesperar considerando mis innumerables pecados y faltas infinitas, si vuestro Verbo y Dios Eterno no se vistiera de carne por mí y conversara entre nosotros. Pero ya no me atrevo a desesperar; porque si siendo nosotros vuestros enemigos nos reconciliasteis por la muerte de vuestro Hijo, con más razón puedo con-

fiar que después de habernos perdonado, por el mismo Hijo nos salvareis. Porque toda mi esperanza, mi seguridad y confianza está fundada en aquella preciosa sangre que él derramó por nosotros y por nuestra salud. En este Señor respiro, y confiado en Él, deseo llegar a Vos, no por la justicia que yo tengo, sino por la de vuestro Hijo bendito, Jesucristo nuestro Señor.

Por tanto, clementísimo y benignísimo amador de los hombres, que por Jesucristo vuestro Hijo y nuestro Señor, siendo nosotros por nuestra culpa perdidos, nos librasteis y redimisteis, yo os doy infinitas gracias, y de lo más íntimo de mis entrañas os ofrezco sacrificio de alabanza por aquel inefable amor con el cual, movido de sola vuestra inmensa bondad, os habéis dignado amar a estos vuestros miserables e indignos siervos, y enviasteis de vuestro seno y pecho paternal a la plaza de este mundo a este vuestro unigénito Hijo, para que salvase a nosotros los pecadores e hijos de perdición. Yo os doy gracias, Se-

ñor, por su santa encarnación y nacimiento, y por su gloriosa Madre, de la cual se dignó tomar carne por nosotros y por nuestra salud, de tal manera, que así como es Dios verdadero de Dios verdadero, así sea hombre verdadero nacido de verdadera mujer. Yo os doy gracias por su pasión y por su cruz, por su muerte y por su resurrección, y por su subida a los cielos, y por la gloria y majestad que le disteis asentándole a vuestra diestra. Porque cuarenta días después de su resurrección subió sobre todos los cielos, viéndolo sus discípulos, y sentado a vuestra diestra derramó el Espíritu Santo sobre aquellos que había adoptado por hijos, como lo había prometido.

Yo os doy gracias por aquel sacratísimo derramamiento de la Sangre preciosa, con la cual fuimos redimidos, y por aquel sacrosanto y divino misterio de su Cuerpo y Sangre, con el cual cada día en la santa Iglesia somos apacentados y embriagados, lavados y san-

tificados, y hechos particioneros de vuestra suma divinidad.

Yo os doy gracias por aquella admirable e inefable caridad, con la cual nos amasteis y salvasteis por medio de vuestro único y amado Hijo; porque en tanto grado amasteis el mundo, que le disteis a vuestro unigénito Hijo, para que todos los que creyeren en Él no perezcan, sino alcancen la vida eterna; y *la vida eterna es que os conozcamos a Vos, Dios verdadero, y a Jesucristo que nos disteis, por una fe recta y por obras dignas de esta fe.*

CAPITULO 14

De la inmensa caridad con que el Padre Eterno amó al linaje humano.

¡Oh piedad inmensa! ¡Oh inestimable caridad, que entregasteis a la muerte al Hijo por librar al esclavo! Dios se hizo hombre para que el hombre perdido fuese libre de la tiranía de los

demonios; lo cual puso en ejecución el benignísimo amador de los hombres, vuestro Hijo y nuestro Dios; porque nos amó con entrañas de tanta piedad, que no se contentó con encarnar en el vientre virginal de nuestra Señora, más aún quiso sufrir el tormento ignominioso de la cruz, derramando su sangre por nosotros y por nuestra salud. Vino Dios, movido de su propia clemencia e inestimable bondad, vino a buscar y salvar lo que había perecido; buscó la oveja perdida, y trájola sobre sus hombros al rebaño de las noventa y nueve, como piadoso Señor y cuidadoso Pastor.

¡Oh caridad! ¡Oh piedad infinita! ¿Quién jamás oyó tal? ¿Quién no queda atónito, considerando estas entrañas tan abiertas de misericordia? ¿Quién no se maravilla? ¿Quién no sale fuera de sí de júbilo y alegría, por esta caridad inestimable con que nos amasteis? Enviasteis a vuestro Hijo en semejanza de carne de pecado, para que del pecado condenase al pecado, y para que incorporados nosotros en Él, fuése-